

El odio a la democracia

J A I M E S A N T A M A R Í A *

Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia

Rancière, Jacques. *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu, 2006. 144 páginas.

Vivimos en sociedades que llamamos comúnmente democráticas. En efecto, en el presente, la palabra ‘democracia’ es moneda corriente para referirse a diversos fenómenos políticos y sociales que atañen a nuestros países y estilos de vida. ¿Qué quiere decir esta palabra? Un modo habitual de definir la democracia es por una oposición simple: ella se diferencia de las formas de gobierno totalitarias o absolutistas. Es curioso que esta definición no contemple los estados de excepción y las guerras civiles prolongadas, asuntos que en América son palmarios. En Europa, luego de la caída del muro de Berlín y la disolución de la URSS, se anunció la victoria de la democracia. Parecía que el ideal de sociedades libres e igualitarias se realizaría pronto, pero el fantasma amenazó de nuevo desde Oriente Medio. La reacción occidental, con la bandera de la “libertad”, no se hizo esperar y sus excesos han puesto en peligro el equilibrio del orden mundial, sin mencionar en detalle las penurias que ha tenido que afrontar el mundo árabe y lo que le retorna a Europa en la figura del inmigrante y el terrorista. En este contexto, surge en Francia a inicios de

este siglo, un grupo de intelectuales que identifican un único mal para todas las desgracias actuales: ¡la democracia! El odio es el signo característico de esta emergencia antidemocrática. En el análisis detallado de este ataque virulento y sus múltiples aristas es donde se enmarca el libro *El odio a la democracia* de Jacques Rancière.

El libro se publica en lengua francesa por primera vez en el año 2000, en español aparece en la Editorial Amorrortu en el 2006. Ya en la introducción, el francés dice que el odio a la democracia es tan viejo como ella misma, la propia palabra constituye —dice— “una expresión de odio”. En la Grecia antigua fue usado para referirse al gobierno ciego de la multitud que amenazaba el orden establecido y legítimo. Causó rechazo a todo aquel que creía que el poder era un derecho concedido por linaje de sangre o para quienes eran designados por beneplácito de algún poderoso. Hoy produce el mismo efecto fóbico en todos aquellos que creen que las formas de reparto o las fronteras que configuran lo sensible no son susceptibles de ser disputadas o en todos los que, por diversos motivos, no quieren soltar el monopolio del poder. Esta relación difícil de aborrecimiento y denegación se entiende por lo que implica la democracia; ella señala, en la esfera de la política, el desorden y desacuerdo. En ella está la imposibilidad y la contradicción política, pero en ella también palpita el vigor y la potencia. Hoy, este odio aparece renovado, ¿cuáles son sus características?, ¿qué es lo nuevo?, ¿acaso lo tiene?,

* e-mail: ja.santamariaa@uniandes.edu.co

CÓMO CITAR: Santamaría, Jaime. “El odio a la democracia (reseña)”. *Desde el Jardín de Freud* 19 (2019): 325-327, doi: 10.15446/djf.n19.76730

© Obra plástica: Jim Amaral

son algunas de las preguntas que abordará Rancière. De entrada, el autor advierte algo: el odio contemporáneo no es contra las instituciones democráticas y su funcionamiento, sino que está dirigido al pueblo que encarna este carácter ingobernable. En otras palabras, no se trata de las desviaciones que tienen las instituciones oligárquicas, sino “los deseos ilimitados de los individuos en la sociedad de masas moderna”.

El libro consta de cuatro capítulos. Del primero, que se llama “De la democracia victoriosa a la democracia criminal”, nos interesa subrayar lo que aparece bajo el signo de la paradoja. Rancière muestra que, mientras las potencias occidentales han llevado la democracia a Oriente Medio, también han introducido el caos. Al lado del discurso de la libertad y la igualdad llega “el desorden de pasiones ávidas de satisfacción”. La contradicción se hace evidente en el siguiente proceso: para combatir a las tiranías es necesario abrir los diques de la libertad popular reprimida, los efectos de las fuerzas desatadas pueden ser desastrosos, por lo cual el “buen” gobierno democrático deberá mitigar la intensidad de la vida democrática. Es decir, el buen gobierno democrático es uno que se niega a sí mismo. Dice el autor: “la democracia es el reino del exceso. Este exceso significa la ruina del gobierno democrático y, por tanto, debe ser reprimido por este”¹. Más allá del contexto de Medio Oriente, esta paradoja es la tragedia de toda democracia. La política —para usar términos de la filosofía del autor— está condenada a devenir policía.

El capítulo dos, “La política o el pastor perdido”, inicia con estas palabras escandalosas:

el crimen democrático contra el orden de la filiación humana es, ante todo, un crimen político, es decir, simplemente la organización de una comunidad humana sin vínculos con el Dios Padre. Lo que se implica y denuncia bajo el nombre de democracia es la política misma.²

1. Jacques Rancière, *El odio a la democracia* (Buenos Aires: Amorrortu, 2006), 12.

2. *Ibíd.*, 53.

Rancière aclara que esta vocación parricida no nació en la modernidad, los griegos fueron los primeros que cortaron los lazos con los dioses para confiar en el ejercicio de la reflexión filosófica. La política, para él, supone la distancia de la figura de un pastor que cuida al rebaño. No es extraño que hoy aparezca el anhelo del pastor perdido o que resurja un llamado al Padre. El autor se pregunta por lo que es reprimido de la política en la mirada que ve en la figura del Padre la única salvación para la desmesura; la figura del pastor es la imposibilidad de la democracia. Hay que aclarar que, para el autor, la democracia no es una forma de gobierno, ella es el principio que instaura el ejercicio político y, por eso mismo, implica la ausencia de fundamento. Se trata de un principio que encierra una contradicción: “la política es el fundamento de poder gobernar en ausencia de fundamento”. En otras palabras, la democracia es un principio acéfalo.

En el capítulo tres, “Democracia, república, representación”, Rancière denuncia que los gobiernos están organizados, tanto ayer como hoy, por el juego de las oligarquías; de hecho, dado que dijimos que la democracia no es una forma de gobierno, sino el principio de la política, no hay, en sentido estricto, gobiernos democráticos. En realidad, asistimos a formas de administración en las que los gobiernos son ejercidos por una minoría sobre la mayoría. Y la representación no es más una herramienta al servicio de esas oligarquías. Se trata del “medio del que dispone la élite para ejercer de hecho, en nombre del pueblo, el poder que está obligada a reconocer pero que él no podría ejercer sin destruir el principio mismo del gobierno”. En este mismo capítulo, y tomando distancia de una vertiente republicana que apela al universalismo político, el autor nos asegura que la democracia es el nombre, precisamente, que nos recuerda que “las formas jurídico-políticas de las constituciones y las leyes estatales jamás descansan sobre una y misma lógica”.

En último capítulo, “Las razones de un odio”, Rancière retoma varias de las ideas desarrolladas en los capítulos anteriores. Dice que la mayoría de los ataques antidemocráticos

parten del supuesto de que la democracia o es una forma de gobierno o es un tipo de sociedad. Si decimos que es una forma de gobierno, lo que podemos constatar, *de facto*, es que lo que llamamos democracias no son más que Estados oligárquicos movidos por la búsqueda irrestricta del monopolio del poder por parte una minoría que defiende sus intereses. La estrategia más eficaz para alcanzar este objetivo es despolitizar la esfera pública y esto se alcanza desviando las pasiones populares democráticas del espacio público al espacio privado; en lo privado, el consumo y el hedonismo ahogan cualquier preocupación política. De otro lado, si decimos que la democracia es una sociedad, en los términos de la sociología, constatamos que las democracias son, en realidad, sociedades de consumo; tenemos la otra cara del logro consumado de las oligarquías. Esta forma rebajada de la democracia, tanto en su variante política como sociológica, se resume bien en el rótulo *individualismo democrático*. El individualismo sirve para designar la libertad irrestricta del individuo a quien no le importa ya ningún ideal común republicano; su correlato económico, por supuesto, es la libre concurrencia de las mercancías y los capitales. Este exceso de libertad o esta desmesura libertaria es, al parecer, el punto más insoportable para los críticos de

la democracia. Lo llamativo es que el odio recae, en el caso de los intelectuales franceses, sobre este individuo consumista y no se detiene en las oligarquías estatales y económicas; el ataque así es, entonces, conservador con respecto a la verdadera enfermedad.

Finalmente, Rancière concluye el libro recordando que la democracia es el nombre para la condición paradójica de la política: el fundamento que no tiene fundamentos, el punto en que “toda legitimidad se confronta con la ausencia de legitimidad última, con la contingencia igualitaria que sostiene a la contingencia desigualitaria misma”, por esto, dice el autor, “la democracia no cesa de levantar odio”. Ella señala un registro insoportable, de exceso imposible y que demanda, apenas surge, gobierno; pero sin ella no sería posible correr las líneas del reparto de lo sensible. El libro cierra con un mensaje lleno de optimismo: si la democracia —más allá de concebirse como una forma de gobierno o una sociedad de consumo individualista— es el nombre del principio de la política, un principio sin fundamento, hay motivos de sobra para sentir miedo y odio, pero, al mismo tiempo, para quienes tienen el magisterio del pensamiento, suscita coraje y alegría.

